

JOSEPH ROVAN

ALEMANIA: EL PELIGRO DE LA UTOPIÍA



Petra Kelly, que hasta el otoño de 1982 fue la primera portavoz del presidium del partido "verde" y que sigue siendo su más visible personalidad, ha podido decir en una entrevista que, a sus ojos, la labor parlamentaria sólo debería ser un complemento de las actividades más importantes de los militantes: cambiar la vida construyendo casas ecológicas, integrar con las mujeres centros de ayuda mutua, aplicarse a la "defensa social" (que debe reemplazar a la defensa militar, violenta) y, construir colectores de energía solar. Anuncia como condiciones mínimas para el apoyo exterior que los verdes podrían conceder a un gobierno S.P.D.* la suspensión de la actividad de todas las centrales nucleares que existen y la renuncia al "rearme de recuperación", es decir a la instalación de cohetes Pershing. Petra Kelly también dice que la idea de que su partido pueda recoger el 13% de los votos le da miedo y que preferiría que el sufragio se limitara al 6 ó al 7%, para poder afirmar sus reivindicaciones fundamentales sin verse obligada a proporcionar ministros. Si fue-

se necesario cerrar una alianza con un compañero más poderoso, éste debería aceptar poner fin a la explotación del Tercer Mundo y comprometerse en una nueva política de seguridad, esbozando el desarme mediante medidas unilaterales; tendría que llevar a cabo la verdadera igualdad de posibilidades en favor de las mujeres y emprender una política de la salud centrada sobre la prevención.

Los verdes constituyen el gran factor nuevo y la gran incógnita en el paisaje político de Alemania Federal. Llevan como ventaja, antes que nada, la simpatía de los electores más jóvenes. La tasa de simpatía se eleva con el nivel de instrucción: 16% de los electores que han hecho el bachillerato tenían, en marzo de 1982, la intención de votar por los verdes. Los electores verdes se sitúan claramente a la izquierda, más que los electores del S.P.D. Son los únicos que manifiestan la intención de comprometerse positivamente en el Movimiento por la Paz (47% "quizás", 8% "seguramente", para el 8% y el 1% entre los electores S.P.D.). Son igualmente los únicos que se pronuncian masivamente contra los euromisiles norteamericanos sobre el territorio federal: 52%

* Partido Social-Demócrata.

“contra”, mientras que los electores S.P.D. se dividen a medias (30% “por” y 29% “contra”) y la media nacional de personas hostiles es de 24%. Todavía más masiva es la adhesión de los electores verdes a la idea de la neutralización de la República Federal: 82% son favorables, mientras que esa cifra es de 37% entre los electores S.P.D.; 78% de los electores verdes otorgan poca confianza a los norteamericanos (37% entre los electores S.P.D.) e, importante indicador, los electores verdes manifiestan una mayor aversión por Ronald Reagan que por el difunto Leonid Brejnev (todavía vivo en el momento de los sondeos); 85% de los electores verdes son por supuesto hostiles a la construcción de nuevas centrales nucleares (así como el 57% de los electores S.P.D.) y 85% aprueban la ocupación de apartamentos o de casas vacías por *squatters*,* para 28% apenas en la media nacional. Los dos tercios de los electores verdes son sensibles sobre todo a las consecuencias negativas del progreso técnico; 57% declaran que les gustaría gozar de la vida tomándose el menor trabajo posible, más que esforzarse hacia una finalidad. Esta última actitud tiene evidentemente la preferencia del 64% de los electores C.D.U.** y de 51% de los electores S.P.D.; apenas 27% de los interrogados se declaran descontentos con la democracia, partidos políticos o sistemas políticos. Ese descontento alcanza el 63% de los electores verdes. En lo referente a sus orígenes políticos, en otoño de 1981, el 70% de los electores habían votado, en 1980, por el S.P.D. y sólo el 2% por la C.D.U. El dirigente del ala izquierda socialdemócrata ecologista y pacifista, Erhard Eppler, es claramente más popular entre los verdes que entre su propio partido; Willy Brandt apenas le cede el primer lugar. En cambio, Helmuth Schmidt —y es natural— cuenta con mucha más simpatía entre los electores C.D.U. que entre los verdes. Sin embargo, estos últimos son mucho menos dogmáticos que Petra Kelly: 70% son favorables a una colaboración entre su partido y la socialdemocracia.

El electorado verde representa opciones muy firmes e importantes en los dominios claves como la energía atómica, el desarme y la neutralización de Alemania. Esas opciones proceden de una actitud existencial, opuesta a las actitudes tradicionales, en lo que refiere al trabajo, al esfuerzo, al éxito o al progreso técnico. Las respuestas del electorado verde se oponen en casi todos los casos a las de la mayoría de las personas sondeadas. Mayoritarios entre los electores más jóvenes, los verdes pueden ganar terreno si la evolución de la situación económica y de las relaciones entre ambos bloques favorece nuevos brotes de duda y de angustia frente a la República Federal.

Este extraño “partido” no tiene por finalidad ganar elecciones para gobernar el país. No entra del todo en sus intenciones asumir responsabilidades: quieren obligar a los otros a abandonar o a rectificar sus programas, obligarlos a llevar a cabo al menos una parte de sus reivindicaciones, tan solo una parte, ya que así podrá seguir explotando la negativa o la incapacidad de quienes no llevan a cabo todo.

Ese programa exige la suspensión inmediata de todas las centrales nucleares, la interrupción de los trabajos de las nuevas centrales, de la ampliación del aeropuerto de Frankfurt y del puerto de Hamburgo. Ya no se debe construir nuevas autopistas. Todas las medidas de economía decididas por los gobiernos de Schmidt y de Kohl deben ser revocadas. Todas las líneas aéreas interiores suprimidas. Sobre la base de esas exigencias espectaculares, cuyas consecuencias eco-

nómicas y financieras ni siquiera son mencionadas, el programa verde integra luego las orientaciones marxistas y las aspiraciones utópicas, en un entrevero social-ecologista que debe satisfacer tanto a los miembros del partido de la alternativa Petra Kelly como al leninista Thomas Ebermann, vocero del partido hamburgués. Los verdes afirman que no puede realizarse nada en serio dentro de los cuadros del sistema capitalista-productivista. Como todos los marxistas, quieren suprimir las condiciones fundamentales de la producción capitalista, el salario, la dominación ejercida por los hombres sobre los hombres. Sin precisar más, afirman que los medios de producción, los bancos, el suelo y la tierra deben ser objeto de otras condiciones de apropiación, a fin de obtener una reestructuración total del sistema social actual. Esta imprecisión deja en suspenso la elección entre una colectivización estatal y la constitución de pequeñas unidades de producción autogeneradas.

Los hombres y mujeres “concernidos” deberían decidir por sí mismos en el futuro “lo que debe producirse, de qué manera y dónde” y discernir entre las producciones dañinas y las que son positivas. Pero el programa permanece mudo sobre cómo podría funcionar la autogestión de los consumidores y la de los productores: “La búsqueda de alternativas de producción que tengan sentido desde el punto de vista ecológico y social no constituye un problema serio”. Preconizan: “A la extrema orientación de nuestro sistema económico sobre las exportaciones y las importaciones oponemos a largo plazo una reorientación sobre la autoproducción de lo que se necesita.” Los verdes piensan poner fin a las exportaciones de capitales y a la expansión de empresas fuera de las fronteras nacionales. Frente a esas exigencias, los marxistas del movimiento han debido poner el grito en el cielo, dado que el idilio autárquico que dibujan en filigrana tiene un extraño parentesco con los programas anticapitalistas de la extrema derecha bajo la República de Weimar. Pero la autarquía, bajo forma de “reconquista del mercado interior”, es también uno de los señuelos que los comunistas promoscovistas agitan ante los ojos de los ingenuos.

El sueño de una reducción de las necesidades entra en abierta contradicción con las medidas preconizadas por los verdes para el futuro inmediato, y que recortan ampliamente, por lo demás, el programa del S.P.D.: mejoramiento de las jubilaciones, alojamientos familiares y becas, levantamiento de los márgenes superiores del impuesto sobre las rentas, establecimiento de una deducción suplementaria sobre las grandes fortunas, relevamiento especial de las tazas de impuesto sobre las ganancias del capital. Esas medidas, por espectaculares que sean, no permitirían, evidentemente, equilibrar los nuevos gastos, pero las economías necesarias podrían ser hechas a costa del presupuesto de la defensa y los gastos de representación del Estado...

Con semejante mezcla de utopía y de generosidad y semejante desprecio de las realidades económicas, no es posible a la hora actual obtener la mayoría de los votos del cuerpo electoral alemán, pero esa no es la intención de los verdes. Como lo dijo Vogel, actual canciller alemán: “los verdes expresan una disposición del espíritu que prevalece en un número no despreciable de hombres y de mujeres, mucho más allá del partido verde y alternativo propiamente dicho”. Esos hombres y esas mujeres no son rechazados por las contradicciones, el absurdo y las faltas de lógica. Aspiran, por el contrario, a salir del reino árido y desesperante de la lógica y de la razón. La utopía los atrae como el fuego atrae a los insectos.

* Ocupantes sin contrato.

** Partido Demócrata Cristiano.